

tos en la imposibilidad de defenderse, se retiraron hácia Tiboli, dejando franca la entrada de la plaza, que fué saqueada por las tropas de Alba.

Llenaron estas noticias á Roma de terror y Paulo IV envió con toda precipitacion por las tropas que se hallaban en la Umbria compuesta de 300 alemanes, 1000 gascones, y 7000 hombres mandados por Alejandro Colonna. No creyendo suficiente este refuerzo para la defensa de la capital, suplicaron los cardenales al pontífice, conjurase aquella tempestad entrando en ajuste con el duque de Alba. Propuso el papa al efecto al español una conferencia con el cardenal Carrafa para la renovacion de las relaciones amistosas. Accedió el duque; mas no habiendo encontrado al cardenal en Gruta-Ferrara, sitio de la cita, y aguardándole allí en vano cuatro dias, calculó que solo se trataba de ganar tiempo para la llegada de los franceses; y así renovó las hostilidades apoderándose de Vahuontone, de Palestrina, de Segui y de Tiboli, al mismo tiempo que Vespasiano Colonna Gonzaga entraba por capitulacion en Vicóvaro.

El papa que se veia cada vez mas estrechado, apuraba al rey de Francia á que le enviase los socorros ofrecidos, y buscaba enemigos contra el rey de España entre los príncipes de Italia: mas á escepcion del duque de Ferrara, ninguno abrazó los intereses del pontífice. Supo el rey de España conciliarse la benevolencia y asegurar la amistad del duque de Florencia, concediéndole la posesion de Sena, y del de Parma dispensándole favores no menos importantes.

Para distraer la atencion del duque de Alba, dispuso Paulo IV que algunas tropas que se hallaban en la Marca de Ancona, hiciesen una incursion en los Abruzzos. La expedicion se realizó en efecto mandada por Antonio, marqués de Montebello, sobrino del pontífice, y no dejó de hacer daños considerables en aquel pais; mas su gobernador con un refuerzo que le habia enviado á tiempo el duque de Alba, salió á buscar á los del papa, los des-

trozó, haciéndoles volver al punto de Ascoli de donde habian salido.

Mientras tanto tomaba el duque de Alba á Frascati, á Ripa del papa, á Albano con sus pueblos circunvecinos, concluyendo su expedicion con la entrada por asalto de Ostia. Aqui se ajustó una tregua de 40 dias; y el general español dejando bien guarnecidos los puntos fuertes que acababa de tomar, aprovechó este tiempo marchando á Nápoles donde se preparó para la próxima Campaña. Esta tregua enmedio de las grandes ventajas que llevaba el duque de Alba conseguidas, parece una falta militar; mas hay que tener presente que el rey de España hacia esta guerra el papa con grande repugnancia suya, y que probablemente el general participaba de los sentimientos del monarca.

CAPITULO XVI.

Entrada de los franceses en Italia.-Se rompe la tregua entre Francia y España.-Preparativos de Felipe II.-Su viaje á Inglaterra.-Continúa la campaña del duque de Alba.-Paz con el papa.

LLEGÓ por fin el dia de la entrada de las tropas francesas en Italia, tan ansiado por el papa. Mandaba la expedicion el duque de Guisa que tanto se habia distinguido defendiendo la plaza de Metz contra el mismo Carlos V; y bajo sus órdenes se hallaba el duque de Aumale, el de Nemours, con otros principales señores y capitanes de aquel reino que por la gloria de servir en su bandera se presentaron sin mas carácter que el de aventureros. Al acercarse al Milanesado se trató entre ellos si seria conveniente apoderarse de aquel territorio á la sazón mal guarnecido por hallarse sus tropas en el ejército del duque de Alba. Era demasiado tentadora la idea para que no la aprobase el duque de Guisa; mas se veia contrariado por esta parte por sus instrucciones de unirse con las tropas del pontífice y dirigirse á Nápoles. El Rey de Fran-

cia á quien se consultó, mandó que continuasen directamente su camino, y el legado del papa para dar mas fuerza á la adopcion de esta medida, sacó un Breve de su Santidad en que se escomulgaba á los que se desviasen de los términos de la alianza entre su Santidad y el rey de Francia. Atravesaron, pues, las tropas de este último por los estados de Parma, cuyo duque no pudo oponerles resistencia alguna; y pasando por Módena llegaron á Reggio, donde encontró el duque de Guisa al cardenal Carraffa y al duque de Ferrara.

Aunque este último príncipe estaba declarado contra España, no se atrevió á unir sus tropas con las de Guisa y el pontífice, temiendo al gobernador de Milan que tenia vecino, por lo que continuaron sin este auxilio las tropas francesas hasta Bolonia, donde habiéndose pasado revista, se halló que se componian de 4000 grisones, 6000 franceses, 500 hombres de armas, y 1500 caballos ligeros. El duque de Guisa pasó en seguida á Roma á conferenciar con el pontífice, de quien recibió los mayores obsequios hasta el honor de sentarse á su mesa, y su ejército permaneció algun tanto en la Romanía, mientras se hacian todos los preparativos para la ruptura de las hostilidades.

Ya habian por aquel tiempo espirado los cuarenta dias de la tregua ajustada entre las tropas pontificias y las del duque de Alba, se renovaron las hostilidades con pérdida en un principio para las armas de España. Recuperaron los del papa el puerto de Ostia que se rindió despues de un sitio, y aunque la guarnicion se retiró al Castillo tuvo al fin que entregarse por capitulacion, salvando las personas y cuanto pudieron llevar los que se retiraron á Neptuno. Tambien recuperaron los del papa á Mariano, Castel, Gandolfo y Palestrina. El conde de Pópulo, que hizo salir de estos puntos á sus guarniciones, reforzó con ellas á Tiboli y Agnani. El conde de Pauliano, uno de los generales del papa, trató de recobrar á Vicobaró por medio de un asalto, y fué rechazado con gran pérdida por los

españoles; mas habiendo vuelto á la carga dió segundo asalto, y aunque á costa de mucha sangre, logró entrar en la plaza, que entregó á saco, siendo sus defensores pasados á cuchillo.

La tregua entre franceses y españoles estaba rota de hecho con la bajada de estos últimos á Italia y su reunion con las tropas del pontífice con quien estaba en guerra el rey de España. El verdadero infractor del tratado, fué el rey Enrique sin disputa. Podia alegar éste que las tropas del duque de Alba habian invadido los estados del pontífice, su aliado; mas el pontífice habia provocado la guerra, tal vez fiado en la alianza secreta con el rey de Francia. Buscar buena fé en el cumplimiento de tratados, y asignar otras causas tanto en su ajuste como en su infraccion que la ley de la necesidad, ó de la mayor ambicion ó la mayor fuerza, es alimentarse con quimeras. Para completar la ruptura de las treguas anunciada con la entrada de los franceses en Italia, el almirante de Coligni, gobernador de Picardía, trató de sorprender la plaza fuerte de Donai, y habiéndose descubierto su designio por una casualidad cuando ya se hallaba cerca de ella, y encubierto con las tinieblas de la noche, se esparció por el Artois, desolando el pais, entregando la plaza de Lens al fuego y al cuchillo.

Se vió así Felipe empeñado en una segunda guerra, sin haber concluido la primera. No se descuidó en hacer todos los preparativos que este lance sério requeria. Envió á España á Rui Gomez Silva en busca de socorros, y dar al mismo tiempo parte á su hermana de lo que ocurría. En Inglaterra tenia á su mujer, y aunque no podia contar mucho con las simpatías del pais, debia de estar seguro de las de la reina. Para activar y hacer mas eficaces los auxilios que de ella esperaba en estas circunstancias, formó la resolucion, que llevó á efecto, de hacerle una visita.

Uno de los motivos de la poca popularidad que la reina María de Inglaterra gozaba en el pais, era su ma-

trimonio con Felipe, á cuya influencia, lo mismo que á la de su padre, se atribuian sus medidas y rigores con los protestantes. No hay duda de que estaban estos en el corazon de la reina, dura por naturaleza, y que en su opinion no creia poder manifestar mejor su celo por la comunion romana. Mas de los sentimientos tanto del padre como del hijo hácia los hereges, se puede inferir que añadian nuevo fuego á este celo de la reina, y que esta princesa, por complacer á su marido, se mostraria mas rigurosa que si no mediase esta consideracion en que se interesaba su cariño. Por otra parte, como la reina atribuia el desvío de Felipe á las pocas simpatias que encontraba en el pais, estaba muy lejos de propender á la indulgencia. Por una parte su celo mal entendido por el catolicismo, por la otra un esposo despegado, y el sentimiento interior de que le faltaban medios para cautivarle, todo contribuia á ennegrecer su sangre y exacerbar su bilis.

Fué recibido Felipe II de la reina de Inglaterra con su pasion acostumbrada; de la corte, con todos los obsequios debidos al rey, pues rey era, aunque nominal, de Inglaterra; del pueblo con sentimientos diversos, segun la diferencia de partidos: era el objeto de su visita tan impopular en el pais como su persona misma. Hacian ver sus enemigos que una guerra emprendida tan solo para fomentar los intereses de este principe extranjero, era antinacional y hasta un absurdo; mas la reina no podia negar nada á su marido. Por otra parte se trataba de hostilizar á una nacion contra la que el odio de Inglaterra ha sido siempre popular, y cuya dominacion en Escocia era cada dia objeto de nuevas inquietudes. En fin, Maria declaró la guerra á Enrique de Francia, y prometió socorros eficaces á Felipe.

Regresó éste á los Países-Bajos y se preparó para entrar cuanto antes en campaña, poniendo á la cabeza de su ejército al duque de Saboya Filiberto. Los franceses tampoco anduvieron remisos en tomar disposiciones

por su parte. Ya habia renovado el rey de Francia su alianza con los turcos, y los esperaba en Marsella para que le ayudasen á conquistar el reino de Nápoles para su hijo segundo; mas los turcos no accedieron.

Se hacian la guerra los españoles y franceses en dos teatros á la vez: en Italia y en la frontera de los Países-Bajos. Aquí estaba el duque de Saboya al frente del condestable de Montmorency: allí el duque de Guisa iba á encontrarse con el de Alba. Como ya hemos empezado la primera de estas guerras, la seguiremos antes de pasar á la segunda.

Se hallaba en Nápoles el duque de Alba, como ya hemos dicho, buscando medios de reforzar su ejército y continuar la guerra. Permanecian en la Romanía las tropas del duque de Guisa, aguardando su reunion con las del papa, que debian venir de la Marca de Ancona. Cuando el duque de Guisa creyó que debian estar en marcha se movió hácia el Abruzzo, pasó el Tronto y cayó sobre la plaza de Civitella, que no pudo tomar á pesar de dos asaltos. Sabedor el duque de Alba del movimiento del de Guisa, salió de Nápoles con 22,000 hombres para socorrer á Civitella, sin que en esta marcha ocurriese mas novedad que una fuerte y sangrienta escaramuza entre dos partidas de reconocimiento, quedando derrotado el conde Paliano, que en seguida se retiró á Ascoli, cuyo camino tomó asimismo el duque de Guisa, retirándose de sobre Civitella á la aproximacion del de Alba, que le era superior en fuerzas.

Tomaba la guerra un aspecto muy poco formidable, siendo de notar la poca fuerza de los ejércitos beligerantes. Se quejaba el duque de Guisa del pontífice por no habersele reunido las tropas que debian venir de Ancona. Comenzaba á arrepentirse el papa de haber llevado las cosas á este extremo. Avanzaba hácia Roma el duque de Alba, superior en fuerzas á los dos: mas tal vez no estaba satisfecho ni tranquilo enteramente en su conciencia, guerreando contra el papa. De todos modos, siguió al

alcance del duque de Guisa cuando éste se retiró de Civitella, pasó el Tronto, se apoderó de Azcarranos de Maligno, saqueando y arrasando á Roca de Muro que quiso hacerle resistencia.

Aterrada Roma con este movimiento del duque de Alba, llamó el papa á toda prisa al general francés, y juntó además tres mil esguizaros para la defensa de la plaza. El duque de Guisa se dirigió con sus tropas á Spoleto, y pasando el Tiber se situó en Monte-Rotundo. Siguió su movimiento el de Alba y se encontró en la campiña de Roma; mas el general francés no salió á su encuentro, lo que prueba que era el primero en extremo superior en fuerzas. En toda aquella campaña no hubo ninguna batalla campal ni decisiva. Se trabaron combates parciales casi á la vista de Roma; mas el de Alba avanzaba sin que su contrario se le mostrase al frente. El 27 de agosto del año de 1557 llegó casi á los mismos muros de Roma con las escalas preparadas ya para el asalto. Los de adentro se disponían para la defensa, cuando la noticia de la derrota que acababa de sufrir el ejército francés en San Quintin vino á acelerar el desenlace de aquel drama.

Recibió el duque de Guisa orden del rey de Francia de salir inmediatamente de Italia con su ejército y dirigirse á la frontera de los Países-Bajos. ¿Cómo el rey se había desprendido en aquellas circunstancias de tan hábil servidor? ¿Cómo le había enviado á Italia con fuerzas tan inferiores á las del duque de Alba? Sin duda contó mas de lo que debía con las del pontífice y con alianzas quiméricas que no se realizaron. A excepcion del duque de Ferrara, ninguno se declaró contra Felipe, y esta alianza en lugar de ser útil al de Guisa, le obligó á destacar parte de sus tropas para protegerle contra el gobernador de Milan que invadió su territorio. Era destino de los franceses soñar siempre con Italia, hacer expediciones en Italia, y recibir crueles desengaños en Italia.

En cuanto al pontífice, se creyó poco menos que per-

dido con la ausencia del de Guisa. Sus cardenales y demas consejeros le instaron y suplicaron que conjurase la tempestad que amenazaba á Roma, que la librase de la calamidad de ser otra vez tomada por asalto y entregada á todos los horrores de un saqueo. Dió oídos el pontífice á ruegos tan en consonancia con sus mismas inquietudes, y pidió una conferencia para negociar, al duque de Alba, quien la concedió al momento. Era la paz muy fácil de ajustar: el papa tenia miedo: en el rey como en el duque de Alba habia gran repugnancia de hacer la guerra al papa. Eran positivas y terminantes las instrucciones de Felipe para entrar en negociaciones cuando Paulo IV las pidiese, y de conceder lo que fuese compatible con el decoro de las armas y seguridad de sus estados.

Tuvo pues el duque de Alba, una entrevista con el cardenal Carraffa, y por la mediacion de la república de Venecia y del duque de Florencia se ajustaron las paces con condiciones muy sencillas. Se separaba el papa de la liga de Francia; el duque de Alba restituia al papa todo el territorio que le habia ocupado, y además la artilleria y mas pertrechos de guerra que le habia cogido. Jamás un vencedor habia sacado menos fruto de sus triunfos. Estaba arruinado el pontífice en visperas de un gran desastre, y tuvo la felicidad de tratar de igual á igual con un enemigo sumamente generoso. (1)

Fué recibida en Roma la noticia de la paz con grandísima alegría, celebrada con todo género de regocijos públicos. Concedió el papa un jubileo plenísimo. Hizo su entrada el duque de Alba en Roma con la mayor magnificencia. Besó el pié al papa; le pidió perdon de los yerros cometidos en la guerra, y á nombre del rey su amo se manifestó con reverencia hijo humilde de la iglesia. El pontífice recibió al de Alba con mucho amor y cortesía; le hizo muchas honras, le sentó á su mesa y le echó su

(1) Véase la nota I al fin del tomo.

bendicion, con lo que se volvió muy satisfecho á Nápoles el general español, seguido de su ejército. Algunos dicen que el duque de Alba no adoptaba los sentimientos pacíficos y generosos de Felipe hácia el pontífice; que cuando le dió escusas á éste en nombre de su amo por la guerra que se le habia declarado y hecho, añadió, que si él se viera en lugar del rey en vez de las escusas que Felipe enviaba á Roma, las daría un legado del papa al rey de España en los Países-Bajos; mas esta especie es improbable por la índole de aquellos tiempos, y sobre todo por el gran respeto y hasta terror que inspiraba Felipe á sus súbditos, comenzando por el mismo duque de Alba.

CAPITULO XVII.

Comienza la campaña entre españoles y franceses.-Batalla de San Quintín.-Toma de la plaza y otras varias por los españoles.-Toma de la de Calais por el duque de Guisa.-Batalla de Gravelinas.

Ascendian las tropas que puso en campaña el rey Felipe á cerca de 50000 (1), mandadas como ya se ha dicho por Filiberto duque de Saboya. A un poco mas de la tercera parte llegaban las de Francia que el condestable de Montmorency acaudillaba. La superioridad del número permitía al primero tomar la iniciativa, y así lo hizo entrándose por Picardía y amenazando ya á otro de sus puntos fuertes, hasta que al fin de varias marchas y contramarchas amenazando sucesivamente á Mariemburgo, á Rocroy y á Condé y á Guisa, vino á poner sitio á la plaza de San Quintín sobre el río Sousma.

Trató el condestable de Montmorency, que se habia

(1) Sobre el total y la composición de las fuerzas de los ejércitos beligerantes se observa siempre gran variedad en los historiadores. Además de los errores que en estos conjuntos influyen hay que contar con el espíritu de partido ó de nación que disminuye y exagera. Sin embargo están todos de acuerdo en que el ejército de Felipe era superior al del rey de Francia.

situado en la Fere, de socorrer la plaza. Ya habia introducido en ella el almirante de Coligni un refuerzo de 600 hombres; mas no era suficiente. Determinó el condestable hacer un movimiento con todo su ejército para proteger la entrada de unos 2000 hombres á las órdenes de Audelot hermano del almirante, quien consiguió su intento introduciéndose en San Quintín por entre pantanos despues de haber causado algun desorden en las líneas del duque de Saboya. El de Montmorency se retiraba lentamente consiguiendo ya el objeto; mas el general español percibiendo su movimiento marchó sobre él, y le obligó á aceptar una batalla (1).

La batalla de San Quintín dimanó, pues, de una imprudencia del condestable de Montmorency, quien avanzó demasiado hácia la plaza, ó se retiró de ella demasiado lentamente. Fue para él una batalla no buscada, por consiguiente no era natural que le fuese favorable. Cargó el duque de Saboya por un lado, y el conde de Egmont por otro, ambos con caballería, sobre la caballería francesa y la pusieron en derrota. Abandonada la infantería francesa en el medio, descubierta por ambos flancos no resistió el impetu de las fuerzas superiores que la cargaron, y tuvo la misma suerte que la caballería.

Como se vé fué la batalla de muy pocas horas, de muy pocas maniobras, reducida á dos choques de caballería, dejando á la infantería sin ningun apoyo y descubierta. Fué completa la victoria de los españoles y la compraron con

(1) No hay hechos de que se haga mencion mas frecuente en las historias que campañas y batallas: tampoco los hay en que se cometan mas errores, ó por ignorancia ó por mala fé del escritor, y en que los lectores queden en mas oscuridad y dudas. Si para la inteligencia de una campaña en general basta un mapa de muy buena escala y hecho con exactitud, no se puede adquirir el de una batalla sin un plano topográfico de su teatro. Nosotros seremos poco difusos en la descripción de las batallas que tendremos por precision que mencionar, poniendo un gran cuidado en esponer con toda claridad lo poco que indiquemos. En general, el mejor modo de comprender la importancia de una batalla, es atenderse á sus resultados, pues muy pocas dejan de ser ganancia para unos, y pérdida por consiguiente para otros.